

8 de marzo

Tertulia polo Día da Muller

Simone Weil



Simone Weil foi unha **filósofa**, activista política e mística francesa. A súa obra está considerada **unha das máis profundas e importantes do século XX**.

Simone Weil naceu en París o 3 de febreiro de **1909** no seo dunha **familia xudía (non practicante) de clase alta**. Foron **34 anos** dunha enorme vitalidade e unha busca política, intelectual e espiritual incesante.

Cun **cerebro privilexiado**, Weil medrou pensando que o seu intelecto era deficiente, pois **comparábase co seu irmán André, tres anos maior**, que será **un dos grandes matemáticos** do século XX. Con 14 anos sufriu unha crise vital moi grave por este motivo.

Aos 16 anos ingresou no prestixioso Lycée Henri IV onde **estudou Filosofía**. Dous anos despois entrou na Escola Normal Superior de París **coa mellor nota e o mellor expediente seguida da feminista Simone de Beauvoir**. Aos 22 anos comezou a súa carreira **docente**. Unha das paixóns de Simone Weil foi dar clases. Fíxoo incluso en períodos de guerra e mentres **traballaba na fábrica de Renault en condicións infrahumanas (onde se meteu para entender o que a clase traballadora sufría)**, así como tamén na etapa que **traballou no campo** cultivando a terra. Weil lía aos seus compañeiros e compañeiras de traballo (na fábrica e no campo) as obras de Homero, Platón, Goethe, entre outros, no idioma orixinal, e logo traducíaaas e explicábaas.

Idealista e obsesionada coa xustiza social, na súa primeira xuventude **achegouse ao Partido Comunista**, pero observou rapidamente algúns dos problemas do marxismo (**ao que dedicou** algunhas das súas máis temperás e lúcidas **críticas**), o que a levou a situarse nunha posición **anarquista**. Na súa casa en París **deu asilo a diferentes “revolucionarios” e exiliados**, incluíndo a Trotsky, con quen sostivo cordiais pero intensas discusións. Viaxou a Alemaña cando Hitler apenas tomaba o poder e **detectou, de novo cunha asombrosa anticipación, o gran problema que sería o nacionalismo hitleriano**, no que observou un modelo de fanatismo relixioso secularizado. **Participou tamén na Guerra Civil española** e en diferentes movementos sociais da súa época.

Durante a **Segunda Guerra Mundial**, Weil logrou viaxar a Londres dende Nova York (onde estaba cos seus pais) para participar no **gobierno francés no exilio**.

En agosto de 1943 morreu de tuberculose, segundo o parte médico, debido a que se negou a comer decentemente. Parece ser que Weil quería solidarizarse cos seus compatriotas franceses da Francia ocupada polos alemáns e consumir a mesma cantidade de alimento que estes podían consumir. Un dos seus biógrafos declarou que “**morreu de compaixón**”.

Nas últimas décadas Simone Weil **converteuse nun referente para gran parte do feminismo**, aínda que non nos consta que Weil realizara ningúnha análise específica da situación da muller como si fixera a súa compañeira de estudos, Simone de Beauvoir. Porque **Simone Weil trazaba os seus propios camiños**: o seu misticismo, por exemplo, achegábase moito ao catolicismo, pero ao seu xeito particular; e os temas aos que dedicaba a súa reflexión, non eran os que máis interesaban ao resto de filósofos e filósofas do seu momento. Pero a pesar de non estudar especificamente a situación da muller, Simone Weil é un referente feminista; non porque rexeitase que a identificaran co estereotipo de muller que se tiña na época, o que se reflectía na súa forma de vestir; senón sobre todo, pola súa actitude vital.

Albert Camús dixo dela que era “o máis grande espírito da nosa época”.



«Si los países estuvieran divididos por intereses reales opuestos, podrían llegar a acuerdos satisfactorios. Pero si los intereses económicos y políticos solo tienen sentido en función de la guerra, ¿cómo conciliarlos de manera pacífica? Habría que suprimir la noción misma de nación. O más bien el uso de esa palabra, ya que la palabra *nacional* y las expresiones de que forma parte están vacías de todo significado. No tienen otro contenido más que millones de cadáveres, huérfanos, mutilados; desesperación, lágrimas».

de

Los textos antibelicistas de Simone Weil, imprescindibles en un presente cada vez más violento, pertenecen a un periodo clave en la biografía personal e intelectual de la escritora. Fueron escritos entre 1936, año en el que Weil participa en la Guerra Civil española, y 1938, cuando tiene lugar su experiencia mística a partir de su estancia en Italia. Son reflexiones sobre historia, pensamiento, filosofía y lenguaje que nos devuelven la faceta más inquieta y comprometida de una autora fundamental del siglo XX.



SIMONE WEIL EL PODER DE LAS PALABRAS

SIMONE WEIL

EL PODER DE LAS PALABRAS

PRÓLOGO DE CARMEN REVILLA GUZMÁN

carpenoctem // *mini* // 10

NO EMPECEMOS
OTRA VEZ LA
GUERRA DE
TROYA

(1937)



Vivimos en una época en la cual la seguridad relativa que aporta a los hombres cierto dominio técnico sobre la naturaleza queda ampliamente compensada por el peligro de las ruinas y las masacres que provocan los conflictos entre grupos humanos. Si el peligro es tan grave, no cabe duda de que se debe en parte a la potencia que tienen los instrumentos de destrucción que la técnica ha puesto en nuestras manos. Pero esos instrumentos no funcionan solos y no sería honrado hacer recaer sobre la materia inerte una situación de la que nosotros somos enteramente responsables. Los conflictos más amena-

21

zadores comparten un rasgo común, que bastaría para calmar a los espíritus superficiales: contra toda apariencia, su verdadera gravedad reside en que *carecen de un fin determinado*. A lo largo de la historia humana se puede verificar que los conflictos más encarnizados son, sin comparación, aquellos que no tienen objetivo. Cuando esta paradoja se percibe claramente, constituye, tal vez, una de las claves de la historia y, ciertamente, de nuestra época.

Cuando se lucha por conseguir algo bien definido, cada cual puede calcular el valor global del desafío y los gastos estimados que conllevará la lucha; decidir hasta dónde valdrá la pena llevar el esfuerzo; no es extraño, por lo general, que cada uno de los bandos enfrentados encuentre un compromiso que sea más conveniente aún que ganar una batalla. Pero cuando una lucha ya no tiene objetivo, entonces carece de medida común, de balance, de proporción; no hay comparación posible; ya todo acuerdo es inconcebible. Entonces la importancia de la batalla se mide únicamente por los sacrificios que exige. Por este mismo hecho, los sacrificios ya cumplidos reclaman siempre nuevos sacrificios. Si las fuerzas humanas no encontraran afortunadamente por sí mismas su propio límite, no habría

razón alguna para dejar de matar y de morir. Esta paradoja es tan violenta que escapa a todo análisis. Sin embargo, todos los hombres cultos conocen el ejemplo más perfecto; pero una suerte de fatalidad nos lleva a leer sin comprender.

En la Antigüedad, griegos y troyanos se masacraron entre sí durante diez años a causa de Helena. A ninguno le importaba demasiado —salvo a Paris, un soldado *amateur*—, que fuera por Helena: todos convenían en maldecir su nacimiento. Su persona era tan evidentemente desproporcionada con esa guerra monumental que a los ojos de todos era solamente un símbolo del reto verdadero. Pero nadie podía definir entonces ni nunca el verdadero motivo de la guerra, pues no existía. Por eso no era mensurable. La envergadura del desafío solo se podía presumir por las muertes que había causado y las masacres previsibles. Por lo demás, sus dimensiones eran ilimitadas. Héctor presentía que la ciudad sería destruida, su padre y sus hermanos masacrados, su mujer degradada por una esclavitud peor que la muerte. Aquiles sabía que libraba a su padre a las miserias y humillaciones de una vejez en desamparo. La masa de la gente sabía que una ausencia tan larga destruiría sus hogares;

23

nadie pensaba que estaba pagando un precio demasiado alto porque todos perseguían una nada cuyo valor únicamente se medía por el precio que había que pagar. Minerva y Ulises, para avergonzar a los griegos que querían que cada cual volviera a su casa, creían encontrar un argumento suficiente en la evocación de los sufrimientos de sus camaradas muertos. Tres mil años después, para desestimar las propuestas de paz blanca, encontramos en boca de Poincaré exactamente el mismo argumento que ellos sostenían. En nuestros días, para explicar este deplorable encarnizamiento de acumular ruinas inútiles, la imaginación popular recurre a veces a las supuestas intrigas de las congregaciones económicas. Pero no tiene sentido buscar tan lejos. En la época de Homero los griegos no tenían una organización para los comerciantes del bronce, ni comités de empresa de herreros. A decir verdad, en el espíritu de los contemporáneos de Homero, los dioses de la mitología griega desempeñaban el rol que nosotros atribuimos a las misteriosas oligarquías económicas. Para empujar a los hombres a las catástrofes más absurdas basta la naturaleza humana, no se precisan ni dioses ni conjuraciones secretas.

con las palabras enemigas. Aquí tenemos de nuevo un rasgo propio de estas palabras: viven en parejas de antagonistas. Claro que no siempre estas palabras carecen de sentido por sí mismas; algunas de ellas podrían tener sentido si se hiciera el esfuerzo de definir las convenientemente. Pero una palabra así definida pierde la mayúscula. Ya no puede servir de bandera, ni ocupar un lugar en el entrecruzarse de las consignas enemigas; no es más que una referencia para ayudar a captar una realidad concreta o un objetivo concreto, o un método de acción. Aclarar nociones, desacreditar palabras vacías en sí mismas, definir el uso de otras mediante análisis precisos, son, por extraño que pueda parecer, tareas que podrían preservar existencias humanas.

Nuestra época parece bastante incapaz para este trabajo. Nuestra civilización, tan aparentemente brillante, oculta una verdadera decadencia intelectual. En nuestro espíritu no reservamos a la superstición un lugar análogo al que ocupaba la mitología griega. La superstición, encubierta bajo un vocabulario abstracto, se venga, invadiendo el dominio del pensamiento. Nuestra ciencia guarda los mecanismos intelectuales más refinados como provisión para resolver cualquier problema, por

Para quien sabe mirar, el síntoma más angustiante de la mayoría de los conflictos que surgen en la actualidad es su carácter irreal. Tienen aún menos realidad que el conflicto entre griegos y troyanos. En el centro de la guerra de Troya había, al menos, una mujer que era, por cierto, la perfección de la belleza. Para nuestros contemporáneos el lugar de Helena lo ocupan palabras escritas con mayúscula. Si tomamos una de esas palabras, infladas a base de sangre y lágrimas, e intentamos estrujarla, la encontraremos vacía de contenido. Las palabras con contenido y con sentido no son mortíferas. Si en alguna rara ocasión, una de ellas se ve mezclada con alguna efusión de sangre, será más bien por accidente que por fatalidad, y se tratará entonces, por lo general, de una acción limitada y eficaz. Pero escríbanse con mayúscula palabras vacías de significado: por poco que las circunstancias ayuden, los hombres derramarán ríos de sangre; amontonarán ruina sobre ruina, repitiendo esas palabras, sin obtener nunca nada que les corresponda de modo efectivo. Como son palabras que no quieren decir nada, nada real puede corresponderles. El éxito se define entonces, exclusivamente, por el aplastamiento de los grupos de hombres que se identifican

complejo que sea, pero somos incapaces de aplicar los métodos elementales del pensamiento racional. Parece que hemos perdido, en todos los dominios, las nociones esenciales de la inteligencia, la noción de límite, medida, grado, proporción, relación, nexo, condición, enlace necesario, conexión entre medios y resultados. Limitándonos a los asuntos humanos, nuestro universo político está poblado exclusivamente por mitos y monstruos: solo conocemos entidades, absolutos. Cualquier palabra del vocabulario político y social sirve de ejemplo. Podríamos tomarlas todas, una atrás de otra: nación, seguridad, capitalismo, comunismo, fascismo, orden, autoridad, propiedad, democracia. Nunca las usamos en fórmulas como: *hay democracia en la medida que...*; o bien: *hay capitalismo siempre y cuando...* El uso de expresiones del tipo «en la medida que» supera nuestra capacidad intelectual. Cada una de estas palabras parece representar una realidad absoluta, independiente de toda condición; o un fin absoluto, independiente de toda forma de acción, o incluso un mal absoluto. Y a la vez, bajo cada una de estas palabras ponemos sucesivamente, o incluso simultáneamente, cualquier cosa. Vivimos en medio de realidades cambiantes, diversas,

determinadas por el juego movedizo de las necesidades exteriores que se transforman, en función de ciertas condiciones y de ciertos límites; pero nosotros obramos, nos sacrificamos a nosotros mismos y al prójimo, en virtud de abstracciones cristalizadas, aisladas, imposibles de relacionar entre sí o con cosas concretas. Nuestra época, que se dice técnica, solo sabe enfrentarse contra molinos de viento.

Basta mirar en torno de uno mismo para encontrar algunos ejemplos de matanzas absurdas. El ejemplo por excelencia es el del antagonismo entre naciones. A menudo parece explicarse diciendo simplemente que detrás están los antagonismos de los capitales, pero se olvida un hecho que, sin embargo, salta a la vista, y es que la red de rivalidades y complejidades, de luchas y de alianzas de los capitales que se extiende por el mundo, no se corresponde de ninguna manera con las naciones en que el mundo se divide. El juego de intereses puede oponer entre sí a dos grupos franceses y unirlos con un grupo alemán. La industria alemana de transformación puede ser considerada con hostilidad por las empresas francesas de mecánica, pero a las compañías mineras les es casi indiferente que el hierro de Lorena sea industrializado en Francia o en Ale-

compatriotas. La estructura de la economía mundial no se corresponde con la estructura política del mundo salvo cuando los Estados ejercen su autoridad en materia económica; pero tampoco el sentido en que se ejerce esta autoridad puede explicarse por el simple juego de los intereses económicos. Cuando se examina el contenido de la palabra *interés nacional*, no se encuentra allí ni siquiera el interés de las empresas capitalistas. «Creemos morir por la patria —decía Anatole France—, pero morimos por los industriales». Sería demasiado hermoso. Ni siquiera morimos por una cosa tan sustancial ni tan tangible como un industrial.

El interés nacional no puede ser definido por el interés común de las grandes empresas industriales, comerciales o bancarias de un país, puesto que este interés común no existe para la vida, la libertad y el bienestar de los conciudadanos, a los que se les implora continuamente que sacrifiquen su bienestar, su libertad y su vida por el interés nacional. En última instancia, si se examina la historia moderna, se llega a la conclusión de que el interés nacional de cada estado es la capacidad de entrar en guerra. En 1911, Francia casi entró en guerra por Marruecos. Pero, ¿por qué Marruecos

mania. Los viticultores, los fabricantes de artículos varios de París están interesados en la prosperidad de la industria alemana. Estas verdades elementales vuelven ininteligible la explicación corriente de las rivalidades entre naciones. Cuando afirmamos que el nacionalismo siempre oculta apetitos capitalistas, se debería decir cuál es el sujeto a quien pertenecen esos apetitos: ¿las minas de carbón, la industria metalúrgica pesada, la construcción mecánica, la electricidad, la industria textil, la banca? No pueden pertenecer a todos conjuntamente ya que tienen intereses discordantes. Si lo que está en la mira es un sector del capitalismo, sería necesario explicar aún por qué ese sector se ha adueñado del estado. Es verdad que la política de un Estado coincide siempre, en un momento dado, con los intereses de algún sector capitalista; así se tiene una explicación que sirve de pasaporte para todo y que, por su misma insuficiencia, se aplica a todo. Dada la circulación internacional del capital, tampoco se entiende por qué un capitalista buscaría más la protección de su Estado que la de un Estado extranjero, o ejercería los medios de presión y de seducción que tiene a disposición sobre los ciudadanos de un estado Extranjero más difícilmente que sobre sus

era tan importante? Debido a la reserva de carne de cañón que debía constituir África del Norte, a causa del interés que tiene para un país, desde el punto de vista bélico, lograr una economía que sea lo más independiente posible, gracias a las materias primas y a los mercados de comercialización. Se llama interés económico vital a lo que permite que un país haga la guerra, y no a lo que permite vivir a sus habitantes. El petróleo es bastante más apto para suscitar conflictos internacionales que el trigo. Así, cuando se hace la guerra, es para conservar o acrecentar los medios para el combate. Toda la política internacional gira alrededor de este círculo vicioso. Lo que llamamos prestigio nacional consiste en actuar dando la impresión permanente de que estamos seguros de derrotar eventualmente a los demás países para desmoralizarlos. Lo que llamamos seguridad nacional es una situación quimérica en la que mantenemos la posibilidad de entrar en guerra, pero se lo impedimos a los demás países. En definitiva, una nación que se respeta está más preparada para entrar en guerra que para renunciar eventualmente a ella. Pero, ¿por qué hay que poder entrar en guerra? Lo ignoramos; igual que los troyanos tampoco sabían

por qué debían retener a Helena.

Por eso es tan poco eficaz la buena voluntad de los hombres de Estado que aman la paz. Si los países estuvieran divididos por intereses reales opuestos, podrían llegar a acuerdos satisfactorios. Pero si los intereses económicos y políticos solo tienen sentido en función de la guerra, ¿cómo conciliarlos de manera pacífica? Habría que suprimir la noción misma de nación. O más bien el uso de esa palabra, ya que la palabra *nacional* y las expresiones de que forma parte están vacías de todo significado. No tienen otro contenido más que millones de cadáveres, huérfanos, mutilados; desesperación, lágrimas.

Otro ejemplo sorprendente de lo absurdo que es derramar sangre es la oposición entre fascismo y comunismo. El hecho de que esta oposición determine hoy en día para nosotros una doble amenaza de guerra civil y de guerra mundial es quizá el síntoma más grave de deficiencia intelectual que podemos constatar a nuestro alrededor. Ya que, si se examina el sentido de estos dos términos en la actualidad, encontramos dos concepciones políticas y sociales casi idénticas. Se trata, tanto de un lado como de otro, del mismo dominio absoluto del Estado sobre todas las formas de vida individual

a matar. Durante el verano de 1932, en Berlín, se formaban frecuentemente en la calle pequeñas aglomeraciones en torno a dos obreros o pequeño-burgueses, uno comunista, otro nazi, que discutían entre sí. Después de un rato constataban siempre que defendían programas estrictamente iguales; esta constatación les daba vértigo, pero aumentaba en cada uno el odio contra un adversario tan esencialmente enemigo que seguía siéndolo aunque sostuviera sus mismas ideas. Desde entonces han pasado cuatro años y medio; los comunistas alemanes aún son torturados por los nazis en los campos de concentración, y no es seguro que Francia no esté amenazada por una guerra de exterminio entre antifascistas y anticomunistas. Si tal guerra se entablara, la guerra de Troya sería un modelo de sentido común en comparación con ella; pues incluso si se admitiera, con el vate griego, que en Troya solo estaba el fantasma de Helena, aún así, ese fantasma sería una realidad sustancial frente a la oposición entre fascismo y comunismo.

La oposición entre dictadura y democracia —emparentada con la de orden y libertad—, al menos es una verdadera oposición. Sin embargo, pierde su sentido si se considera cada uno de sus

y social; la misma militarización frenética; la misma unanimidad artificial obtenida por la coacción en beneficio de un partido único que se identifica con el estado y se define por esa confusión; el mismo régimen de servilismo impuesto por el Estado a las masas trabajadoras en lugar del salario clásico. No hay dos naciones cuyas estructuras se parezcan más entre sí que Alemania y Rusia: se amenazan mutuamente con una cruzada internacional y parece que cada una considera a la otra como la bestia del Apocalipsis. Por eso podemos afirmar sin temor que la oposición entre fascismo y comunismo, en rigor, no tiene ningún sentido. Así, la victoria del fascismo solo puede lograrse por el exterminio de los comunistas; y la victoria del comunismo, por el exterminio de los fascistas. Es obvio que, en estas condiciones, también el antifascismo y el anticomunismo están, a su vez, desprovistos de sentido. La posición de los antifascistas es «todo antes que el fascismo; todo, incluso el fascismo bajo el nombre de comunismo». La posición de los anticomunistas es: «todo antes que el comunismo; todo, incluso el comunismo bajo el nombre de fascismo». Por esta hermosa razón, cada uno en su campo respectivo, está de antemano resignado a morir y, sobre todo,

términos como una entidad, como se hace con mucha frecuencia en nuestros días, en lugar de tomarlos como referencias para medir las características de una estructura social. Está claro que en ningún lado hay dictadura absoluta, ni democracia absoluta, sino que el organismo social es, siempre y en todas partes, un compuesto de democracia y de dictadura en distintos grados. También está claro que el grado de democracia se define por las relaciones que unen los distintos engranajes de la maquinaria social, y depende de las condiciones que determinan el funcionamiento de esta maquinaria. Por lo tanto hay que tratar de actuar sobre esas relaciones y condiciones. En lugar de eso, por lo general, se considera que hay agrupaciones humanas, naciones o partidos, que encarnan intrínsecamente la dictadura o la democracia. De tal modo que, llevados por nuestro temperamento, unas veces sentiremos que queremos, por encima de todo, el orden, o la libertad, y nos obsesionaremos con el deseo de aplastar ya sea a uno u otro de esos grupos. Muchos franceses creen de buena fe, por ejemplo, que una victoria militar de Francia sobre Alemania sería una victoria de la democracia. A sus ojos, la libertad reside en la nación francesa, y la tiranía, en la nación

alemana, un poco como para los contemporáneos de Molière el opio tenía virtud dormitiva. Si un día las necesidades así llamadas «de defensa nacional» hacen de Francia un campo atrincherado en el que toda la nación estuviera enteramente sometida a la autoridad militar, y si Francia, así transformada, entra en guerra contra Alemania, esos franceses se harán matar, no sin haber matado antes al mayor número posible de alemanes, con la sentida ilusión de derramar su sangre por la democracia. No se le ocurre que la dictadura pudo instalarse en Alemania para favorecer una determinada situación; y que quizá sería más eficaz provocar un cambio que permita cierta relajación de la autoridad del estado, antes que matar a los chicos de Berlín y Hamburgo.

Por tomar otro ejemplo, si en España, delante de un hombre de partido, nos atrevemos a exponer la idea de un armisticio, si es un hombre de derechas, contestará con indignación que hay que luchar hasta el final por la victoria del orden y el aplastamiento de los factores de anarquía; si es un hombre de izquierda, responderá, con no menor indignación, que hay que luchar hasta el final por la libertad del pueblo, por el bienestar de las masas laborales, por el aplastamiento de los opresores y

llaman su idea solo puede definirse por el exterminio del adversario. Si se les habla de paz, cada uno dirá con desprecio el argumento avasallador de la Minerva de Homero y el de Poincaré en 1917: «los muertos no la quieren».

De todos los conflictos que enfrentan a los grupos humanos, el mejor fundado, incluso podría decirse el más serio, el único serio, es el que en nuestros días llamamos —con un término que exigirá precisiones— *lucha de clases*, en tanto y cuanto no intervengan en él entidades imaginarias que impidan toda acción dirigida, y lleven a cumplir todo esfuerzo en el vacío, trayendo el peligro de odios imperdonables, destrucciones insensatas, matanzas absurdas. Lo que es legítimo, vital, esencial, es la lucha eterna de quienes obedecen contra los que mandan, cuando el mecanismo del poder social conlleva el avasallamiento de la dignidad humana de los de abajo. Esta lucha es eterna porque los que mandan siempre tienden, lo sepan o no, a vapulear la dignidad humana de los de abajo. La función del mando, en tanto se ejerce, no puede respetar la

explotadores. El primero olvida que, sea cual sea el régimen político, ninguno comporta desórdenes tales que sean comparables, ni de lejos, con los de una guerra civil, las destrucciones sistemáticas, las masacres en serie en la línea de fuego, la caída de la producción, los centenares de crímenes individuales cometidos diariamente por los dos bandos, visto que cualquier bandido se pone un fusil al hombro. El hombre de izquierda, por su parte, olvida que, incluso en su propio campo, las necesidades de la guerra civil, el estado de sitio, la militarización del frente y de la retaguardia, el terror policial, la falta de todo límite a la arbitrariedad, de toda garantía individual, suprimen la libertad mucho más radicalmente de lo que lo haría un partido de extrema derecha que accediera al poder. Olvida que los gastos de la guerra, la ruina, el atraso de la producción, condenan al pueblo, por largo tiempo, a privaciones mucho más crueles de lo que harían sus explotadores. El hombre de derecha y el hombre de izquierda olvidan, ambos, que largos meses de guerra civil, poco a poco, llevaron a los dos campos a un régimen casi idéntico. Ambos perdieron su ideal sin darse cuenta, sustituyéndolo por una entidad vacía: para cada cual, la victoria de lo que todavía

humanidad en la persona de los agentes de ejecución, salvo raras excepciones. Si se ejerce sobre los hombres como si fueran cosas, y sin encontrar ninguna resistencia, llega a ejercerse inevitablemente sobre cosas extraordinariamente maleables; porque el hombre sometido a la amenaza de muerte —que es, en última instancia, la sanción suprema de toda autoridad—, puede volverse más dúctil que la materia inerte. Así, mientras haya una jerarquía social estable, cualquiera sea, los de abajo tendrán que luchar para no perder todos los derechos de un ser humano. Por otra parte, si la resistencia de los de arriba aparece de ordinario como contraria a la justicia, descansa también sobre motivos concretos. En primer lugar, motivos personales. Los privilegiados, salvo el caso de una generosidad bastante rara, rehúsan perder parte de sus privilegios materiales o morales. Pero también hay motivos más elevados. Los que están investidos de la función de mando sienten la misión de defender el orden indispensable a la vida social, y para ellos el único orden posible es el existente. En cierta medida tienen razón, pues hasta que de hecho se establezca un nuevo orden no se puede afirmar con certeza que es posible. Justamente por eso, solo puede ha-